

y derribar; y quemar los mas hermosos Edificios de el Nuevo Mundo; decian los Mexicanos à los Indios de el Exército Castellano: Quemad, y destruid las Casas, que nosotros haremos, que las bolvais à hacer mejores, si venciéremos; y si venciesen los Castellanos, tambien las hareis para ellos. Otro Dia, despues de Santiago, se bolvió à entrar; hallóse la Calle de el Agua como se dexó: Pasóse à vna Torre de Idolos, adonde hallaron las Cabeças de algunos Castellanos sacrificados; que con mucha lastima; y dolor, fueron conocidas. Peleaban los Enemigos con el mismo valor, que el Dia primero, hasta cerca de la Noche, que pareció à Cortés, que se debía retirar. Otro Dia, à hora de las nueve, estando Cortés oiendo Misa, para entrar, vió humo en las Torres de Tlatelulco, y que era mas de lo que se hacia, quando los Indios sacrificaban. Juzgó, que Alvarado debía de aver entrado en el Mercado; y fue así, que persuadió à su Gente, que emprendiesen de ganar à Tlatelulco, con que vendrian à merecer doblada gloria, pues allí consistia la fuerça de los Enemigos. Pelearon, pues, valerosamente, y llegaron à vista de el Mercado, y aunque hicieron mas que Hombres, no pudieron ganar, sino aquellas Torres, adonde mandó Alvarado, que se hiciese aquel humo, para que lo entendiese Cortés, y los Mexicanos se desanimasen. Entró luego Fernando Cortés, y no quiso hacer mas de cegar Puertes, y allanar pasos; aunque siempre peleando, y cargandole à la retirada, con la misma porfia, que siempre, en la qual fue menester, que Alvarado, por su parte, mostrase animo, y prudencia; porque le apretaron demasadamente.

CAP. XCIX. Que prosigue el Cerco, y Retirada à Tlatelulco; y como quemaron los Nuestrros el Templo, que estaba en medio del Mercado, y se dice como se señalaron, este Dia, algunos Mexicanos.



N Dia, continuandose los Reencuentros, y Batallas, entre los Españoles, è Indios, entraron los Nuestrros en la Plaça, y Mercado (que ellos llaman Tianguetz) en

este Tlatelulco; que era entonces Lugar mui espacioso, y mucho mas de lo que agora es; que era el Mercado General de toda esta Tierra de la Nueva-España, al qual venian à tratar Gentes de toda ella, donde se vendian, y compraban quantas cosas ai en toda esta Tierra, y Reinos de Quauhquemallan, y Xalisco: cosa cierto mucho de ver; y Yo (dice el Padre Fr. Bernardino de Sahagun) vi esto por muchos Años, morando en esta Casa de el Señor Santiago, aunque ya no era tanto, como antes de la Conquista. En este Lugar, donde tantos cabian, y tantos estaban, entraron los Nuestrros esta vez, y comenzaron à pelear contra los que estaban defendiendo la Entrada; porque estaba en su defensa esta vez, Gente escogida de los Soldados Viejos, para defender su Entrada; y peleando los vnos con los otros, fueron alanceados, y muertos muchos de los Mexicanos, que defendian el Lugar; y rompiendo el Sitio los Castellanos, pusieron en huida, así à la Gente de Guerra, como à los Tratantes, que en él estaban; y huyendo, se recogieron à las Casas, y Tiendas, de que estaba cercado, y desde allí peleaban fuerte, y varonilmente.

Estaba en medio de este Tianguetz, è Mercado, vn grande Templo, dedicado al Dios Huitzilopuchtlí, y aviendo los Españoles hechado de todo el Mercado à los Indios, pusieron luego fuego à este gran Templo, en cuya Cumbre estaba edificada vna Capilla, con vn Chapitel mui alto, hecho mui artificiosamente de Paja, que se llamaba Teçacatl, y como comenzó à arder, levantóse vna llama tan alta, que parecia llegar al Cielo. Al Espectaculo de esta Quema, todos los Hombres, y Mugeres, que se avian acogido à las Tiendas, que cercaban todo el Tianguetz, comenzaron à llorar con grandes gritos, y alaridos, y pusieron grande espanto, en todos los que los oian; y tuvieron los tristes Mexicanos, por indicio de mal agüero, aquel abrasamiento, porque quemado aquel Diable Satánico, luego se pronosticaron aver de ser, de todo panto, asolados, y destruidos.

Pelearon gran parte de el Dia, en este Mercado, porque los Indios se avian hecho fuertes, en las Casas de las Tiendas, y en las Casas Reales, donde se avia recogido mucho numero

de la Gente Principal; pero lleno todo el Tianguetz de los Indios Amigos de los Españoles, hicieron gran matança en los Mexicanos, los quales comenzaron à huir por las Calles, que van àcia el Rincon, donde estaban fortalecidos; y con esto se acabó el Alcance de este Dia. Luego el siguiente, como ya los llevaban de vencida, y los tenían arrinconados, bolvieron al Mercado, por la parte de el Patio, donde estaba el Templo Grande de Huitzilopuchtlí, que se llamaba Acatlyyacapan, y comenzaron à saquear todas aquellas Tiendas, que estaban en el Mercado; y como vieron la destrucción, que hacian, salieron los Mexicanos à la defensa, llevando por su Capitan, vn mui valiente Soldado, llamado Axoquentzin, que era de la valia, de los que se llamaban Quachicque, que son como Matasiete, que usan los Turcos. Este Capitan, con los que iban con él, hicieron huir à los Saqueadores, que eran todos Indios Confederados de Cortés: Aquí fue muerto este valeroso Capitan Axoquentzin Quachic, de vn Flechazo, que vno de los Enemigos le hechó por el pecho, de que luego cayó muerto. En este mismo tiempo vinieron los Españoles, por el Barrio de Yacacoleo, que es donde está la Iglesia de Santa Ana, y comenzaron à pelear, por aquella parte, con los Mexicanos. A esta çaçon, acordaron los Mexicanos de poner vna Celada, para que los Tlaxcaltecas, y otros Confederados, se dividiesen de los Españoles, y aunque lo hicieron, no salieron con su intento, porque algunos de los Españoles, è Indios Amigos, subieron juntamente à algunas Açuteas de las Tiendas, y descubrieron la Celada, y dando voces à los que iban, por abaxo, les avisaron de el peligro, y bolviendo contra ellos, los acometieron, à los quales salieron los Mexicanos, que avian sido sentidos, y allí se travó la Batalla, y fue mui reñida, y hubo muertes de la vna, y otra parte.

No cesaban los Castellanos de cegar Acequias, y abrir Calles, para tener mas seguros los Puertos de su Pelea, y todo lo que los Castellanos, è Indios Amigos cegaban de Dia, bolvian los Mexicanos à abrir de Noche, por estorvarles sus intentos; y en esto se detuvieron algunos Dias, sin poder conseguir nada, de lo que se pretendia, y para salir con ello, tenían los

Nuestrros divididas, por Agua, y por Tierra, sus Plaças, donde peleaban; y en estas, y otras nuevas, que ganaban, peleaban, y ofendian à los Mexicanos, y les estorbaban las Entradas, y Salidas de la Ciudad, y Socorros de Bastimentos. En esta porfia, pasaron algunos Dias, que fue la Guerra, por Agua, y Tierra, tan porfiada, que era espanto verla; y no ai lenguaje, para decir las particularidades, que pasaban, y las cosas inmensas, que en cada ocasion se ofrecian. Eran, à ratos, y casi siempre, tan espesas las Saetas, Dardos, Piedras, y Palos, que se arrojaban los vnos à los otros, que quitaban la claridad de el Sol, y hacian efecto de mui continuas, y espesas Nubes; y era tan grande la voceria, y grita de los Hombres, y de las Mugeres, y Niños, que lloraban, que ponía asombro, y grima; era tanta la Polyareda, y Ruido, en derroçar, y quemar Casas, y robar lo que en ellas avia, y cautivar Niños, y Mugeres, que parecia juicio.

Señalaronse en este vltimo conflicto, algunos Mexicanos Principales, en especial vn Temilotzin Tlacatecatl, que desde encima de el Templo, esforçaba grandemente à los suyos; y otro, que se llamó Coyohuehnetzin, el qual, armado, en figura, y semejança de Tigre, llevaba consigo muchos Soldados, vnos armados como Águilas, otros como Tigres, otros como Leones, y hacian gran daño en los contrarios, dando voces, y esforçando à los demás, para que peleasen sin miedo, ni descanso, y sin bolver atrás. Entonces llegaron, por Agua, los Españoles, con dos Vergantines, y muchos Xuchimilcas, que les iban ayudando, y comenzaron à pelear con los Mexicanos, que peleaban por Tierra; y como vieron venir à estos Leones, Tigres, y Águilas, dando voces, y peleando tan fuertemente, bolvieron las Espaldas, y huieron de ellos, los quales, haciendo presa, à su salvo, cautivaron muchos, y tomaron los dos Vergantines à los Españoles, y llevaronlos à vna Laguna, que llaman Amanalco. Como esto vieron los Españoles, y Tlaxcaltecas, comenzaron à pelear con ellos, y aqui acudió Coyohuehuetzin con su Gente, y arriñóse al Momoztlí, è Cu pequeño, que estaba en el mismo Mercado, y hizo los bolvet atrás, y siguiólos, hasta vn

Lugar llamado Telpuchcalli, que es donde avian puesto a su Dios los Mexicanos, en el Barrio de Atlizeuhyan, y dieron con ellos, en vna Acequia, y aqui salio otro Capitan, Hijo de Xtzpapalotzin Otomil, el qual iba armado, y con vna Divisa, ricamente labrada, y dieron los Españoles, y Tlaxcaltecas tras esta Compania, y dieron con ellos en vn Rio, por donde andaban las Canoas; y de alli pasaron a la parte de el Agua, y se libraron. Con estos iba el Señor de Cnytlahuac, y creiendo sus Valallos, que iban en esta Compania, que lo avian muerto los mismos Mexicanos, se bolvieron contra ellos; pero cesó la mortandad, que hacian, con saber de cierto, que iba vivo, y con los delanteros de la Esquadra. Encontraronse aqui Indios Amigos Tlaxcaltecas, llamados Tliliuhcatepecas, y Mexicanos, y traxeron vna cruda Batalla, y fueron metiendo por vna Senda, y tras ellos fueron los Mexicanos; y los Tlaxcaltecas, que iban retirandose por aquella parte, se encontraron con otro Capitan, llamado Tlappaneatl, de el Barrio de Atezcapan, al qual prendieron; pero sus Soldados, arrojaronse contra los que lo prendieron, y cargandolos de Flechas, se lo quitaron, y pusieron en libertad.

CAP. C. Que se prosigue en combatir la Ciudad de Mexico.

ROSIGUIENDO Fernando Cortés, en las Entradas, que hacia en Mexico, avisando a los Capitanes, que hiciesen lo mismo, a vn tiempo; a ocho de Agosto, lo mas de mañana, que pudo, entró en la Ciudad; no halló cosa, que ganar, sino vna Traviesa de Calle, con vna Trinchea; junto a vna Torre; començose a combatir; pero vn Alferrez, con otros dos Castellanos, se hecharon al Agua, y con alguna resistencia, pasaron, y se ganó; y Fernando Cortés se detuvo en asegurarla. Allí llegó Pedro de Alvarado, por la misma Calle, con quatro de a Caballo. No se puede encarecer el contento, que recibieron los vnos, con los otros, por muchas causas, y por aver hallado ca-

mino para comunicarse los dos Exercitos. Fue luego Fernando Cortés a ver el Mercado, ordenó, que nadie pasase adelante, y paseando, por la Plaza, quando los Portales estaban desembaraçados de Gente, tanto mas estaban las Casas llenas de ella, por lo alto, que no osaban desmandarse, por ser la Plaza grande, y andar Caballos en ella. Subió Cortés a vna gran Torre, halló cabeças de Castellanos, y Tlaxcaltecas sacrificados, puestas ante los Idolos, que le causaron gran dolor; vióse de aquella Torre, que estaban ganadas, de ocho partes de la Ciudad, las siete; por lo qual, juzgando, por la gran hambre, que se padecia, pues se hallaban roidas las corteças, y raíces de los Arboles, y por el hedor de los cuerpos muertos, que era intufrible, que no se podian sustentar, determinó de no apretar aquellos Dias, y ofrecer algunos partidos de Paz, con los quales embió Mensageros, que hablaron a Quauhquemoc, y le representaron el miserable estado en que se hallaban, y la benignidad de su Capitan. Y sin dar lugar a que nadie hablase, respondió: Dizeis a Cortés, que pensamos morir como nuestros Deudos, y Amigos, en esta demanda, y que no espere Paz de nosotros, porque no queremos Vida, sin Libertad, ni crea, que ha de goçar nuestros Tesoros, porque quando mas no podamos, los hecharemos en el Agua. Visto esto, y que la Polvora faltaba; mandó Fernando Cortés hacer vn Trabuco; y como los Maestros no avian hecho otro, desconformaban en la traça; con todo esto se hizo. Pusieron en la Plaza de Tlatelulco, en vna Fabrica, que estaba en medio de ella, de Cal, y Canto, quadrada, de altura de dos Estados, y medio; tenia de vna Esquina a otra, casi treinta pasos; servia de hacer alli los Juegos, y Fiestas. Salió tan mala la Maquina, que espantaba a los de fuera; y mataba a los de dentro, despidiendo las Piedras atrás, y de esto quedaron los Españoles mui disgustados, y descontentos, por aver herrado el Tiro, y maldixerón el Trabuco, y a los que le avian inventado, y gastado en el mucho tiempo, Madera, Herramientas, Sogas, y Maromas; y cesaron de tratar mas de semejante invencion. Bolvióse a combatir la Ciudad; hallaronse las Calles llenas de Gente menu-

da, que se morian de hambre, mandó Cortés a los Indios Amigos, que no hiciesen mal a nadie. Los Mexicanos no salieron a pelear, estabanse en las Açuereas, sin Armas, cubiertos con sus Mantas; decian los Tlaxcaltecas: Daos, si no morireis mala muerte. Respondian ellos: Morir, o vencer. Estaban los tristes Mexicanos, Hombres, y Mugeres, Niños, y Niñas, Viejos, y Viejas, Heridos, y Enfermos, en vn Lugar bien estrecho, y bien apretados los vnos con los otros, y con grandissima falta de Bastimentos; al calor del Sol; y al frio de la Noche, y cada hora esperando la muerte. No tenian Agua dulce para beber, ni Pan de ninguna Semilla, para comer; bebían del Agua salada, y hedionda, comían Ratones, y Lagartijas, y Corteças de Arboles, y Raíces de Yervas, no comestibles; y a esta causa, enfermaron muchos, y muchos mas de los Niños, y las mismas Madres se los comían todos, que verlo era grandissima lastima, y maior tormento sufrirlo. Y viendose en tanto aprieto estos desventurados, convirtieronse a buscar los Misterios, secretos, que sus Antiguos avian dexado, para si se viesen en vna tal necesidad, como esta, en que aora se ve, y han ayudarse de ellos. Y confiando en ellos, salió vn Capitan, llamado Cihuacohuatl Tlacorzin, y habló a los Mexicanos, diciendoles lo siguiente: Ya veis, Valerosos Mexicanos, como todas nuestras fuerzas, y poder, es nada para escapanos de las manos de los Españoles, y de todos los Enemigos, que les ayudan: pareceme cosa acertada, que acudamos al favor de nuestros Dioses, en especial al de nuestro Gran Dios Huitzilopuchtlí, Fundador de la Republica Mexicana, y a los Confesijos, que nos dexaron nuestros Antiguos, para que de ellos nos aprovechásemos, en semejantes ocasiones, como la que tenemos de tanta necesidad, y estrecheça; porque me acuerdo aver oído a los Viejos, que nuestro Dios Huitzilopuchtlí, usaba de dos cosas contra sus Enemigos, para atemorizarlos, y ahuientarlos: La vna, se llama Xiuhcohuatl; y la otra, Mammahuatzli: Pues ayudemonos, Hermanos míos, de estas dos cosas, aora, que tenemos de ellas necesidad, pues nuestro Dios nos las dexó, para nuestro favor, y nuestros Padres han

tenido siempre confianza en ellas; y por ventura nos aprovecharán en este tan gran peligro en que estamos. Oído esto, convinieron los mas, en hacer vn Sacrificio mui solemne a su Dios Huitzilopuchtlí, cuiá Imagen tenian consigo, y el tenia por Cetro Real vna Culebra, labrada a lo Molayco, que se llamaba Xiuhcohuatl, no en forma derecha, sino torcida, y córva (como en otra parte decimos) del qual dicen, que quando ayudaba en las Batallas, a los suyos la hacia parecer viva, y la arrojaba en medio de los Enemigos, con que los atemorizaba, y hacia huir; lo qual deseaban, que aora se hiciera sobre los Españoles, y sus Enemigos los Indios, sus Confederados: y en orden de esto, era el Sacrificio, que se le ofrecia: Tenian tambien vn Buho, hecho de Plumages ricos, y el de Figura mui espantable; y tenian por cosa de portento, y agüero, para espantar con él a los Enemigos en sus Guerras; y creiendo en sus agüeros, vióse con este, vno de aquellos Principales de la Consulta, y subióse sobre vna Açuera alta, donde le pudiesen ver todos sus contrarios, para que espantados de su vista, huiesen. Todo esto no les aprovechó; porque Dios, que queria la salvacion de las Almas, que despues se convirtieron a su Santa Lei, y en ella se salvaron, quitaba el espanto de sus abusos. Aunque por sus secretos juicios (segun ellos decian) permitió alguna vez, que esto sucediese, como si fuera cosa cierta, y verdadera. Y dice el Padre Sabagun, que oió decir al Padre Fray Francisco de Tembleque, Hombre de mui exemplar Vida, que vn Dia venia vna Tempestad mui recia, y él estaba en el Coro de aquella Casa, donde entonces moraba, y abrió vna Ventanilla, para ver el Nublado, y en abriendola, le dió vn Rayo en el ojo izquierdo, que se lo quebró, y tuvo en el gran dolor, por muchos Dias, y le parecia, que traía el ojo colgado fuera del casco, y cegó de él. Dicen tambien, que aquel Rayo hizo otros daños en la Iglesia, y en el Retablo del Altar Mayor, y dentro de la Casa; y dixerón los Indios, que estaban dentro, que avian visto este Xiuhcohuatl, como vna Serpiente grande, que salia de lo interior de la Casa, por la Portería afuera, y todos los que la vieron salir, quedaron como tontos

por algunos Dias: donde parece, que este Artificio del Demonio, y de los Hechiceros, que le invocaban para hacer estos embustes. Pero en esta ocasion, aunque lo intentaron estos affigidos Mexicanos, no tuvo efecto, y se quedaron burlados, y sujetos, à los males, y daños, que les vinieron.

A esto sucedió, que estando en esta angustia, y tribulacion, cercados de sus Enemigos, vino à deshora vna Agua mui menuda, que durò dos horas, y despues de ella, le siguió vn Torbellino de Fuego, como Sangre, que se convirtió en Brasas, y en Centellas, que vino de acia Tepeyacat, que es aora Nuestra Señora de Guadalupe, y fue haciendo grandes ruidos acia el Lugar donde estaban acorralados, y dió vna buelta por enderredor de ellos; y aviendo dado aquella buelta, sin ofenderlos en nada, se entrò por la Laguna adentro, y alli desapareció. De la vista de este Remolino, y Fuego, quedaron todos mui espantados, y desconfiados, de verse libres de las manos de sus Enemigos. A este tiempo Fernando Cortès, los mandò requerir, con Escrivano, y Testigos, para que aceptasen la Paz, y las Lenguas no decian, Si, ni No; pero despues de mui importunados, dixerón, que no se hiciese mal à aquella pobre Gente, que salia à buscar, que comer, que eran los Niños, y Mugerés, y que querian Paz; mostraron, que embiaban à llamar al Rey Quauhtemoc; pero fue burla, porque todos estaban aparejados, para pelear, y así acometieron luego. Ordenò Fernando Cortès à Pedro de Alvarado, que embistiese por vn gran Barrio, de mas de mil Casas, y èl à pie (por no aver lugar para los Caballos) fue por otra parte; peleóse con maior obstinacion, que nunca, y con maior derramamiento de Sangre de los Mexicanos, que desesperados, y encerrados, y sin forma de salvarse, se metian por las Espadas con gran corage, y así era todo Sangre, porque los Castellanos, y Tlaxcaltecas, peleaban valientemente, y no sin daño suyo, porque lo avian con Gente, que deseaba la muerte.

Pedro de Alvarado ganò todo aquel Barrio, y Cortès los arrinconò mucho, y se juzgò, que este Dia pasaron de doce mil, entre muertos, y presos, en que usaron tanta crueldad los Indios Amigos, que à nadie tomaban à vida, sin que bastasen las reprehensiones de

Cortès, y de todos los demás Capitanes. Bolvió Cortès otro Dia sobre los Enemigos con todas las fuerças: mandò, que no se pelease, oiendo los clamores de la Gente desesperada, que no ponian los Pies sino sobre Cuerpos muertos de los suyos, y de verse aquejar de aquellos, que avian sido sus Vasallos; pedian la muerte, solicitaban, que los acabase presto. Ciertos Principales pidieron apriesa, que llamasen à Cortès, dixerónle, que pues era Hijo de el Sol, que con tanta brevedad, en vn Dia, y vna Noche daba buelta al Mundo, que por qué tardaba tanto en matarlos? Porque aunque la muerte era temerosa, sabian, que avia de ser tan mala Vida, que seña peor, que ella; y que por tanto usase con ellos tanta clemencia, que los acabase presto, porque saliesen de tanta desventura. Cortès los consolò, les ofreció libertad, y les dixo mui buenas razones, porque su pensamiento nunca fue usar crueldad, ni de vengança con ellos; y porque no aprovecho para aver de ablandar su dureça, acordò de embiarles vn Caballero de su Nacion, que avia quatro Dias, que prendió vn Tio de el Señor de Tetzucos, para que les ofreciese la Paz, y dixese à Quauhtemoc, que Cortès le ofrecia dexarle tan gran Señor como era, pues su intento no iba encaminado sino à la obediencia de aquella Ciudad al Gran Rei de Castilla; y entre tanto mandò, que el Exercito se armase, y estuviese esperando mui prevenido la resolucion. Fue este Caballero con el Mensage; dixo primero, que le avian tratado bien, y començando à hablarle de la Paz, sin dexarle pasar mas adelante, el Rei le mandò Sacrificar, y luego los Mexicanos acometieron à los Castellanos con grandissima furia, tirando Varas, Piedras, y Flechas, y mataron vn Caballo con vn Dalle, hecho de vna Espada Castellana, y estaban tales los Mexicanos, que los Indios Amigos se quedaban à dormir en la Ciudad; y aunque el siguiente, entrò Cortès en ella, roquiso, que se pelease, confiando, que los Mexicanos, atentas las miserias, que padecian, ó dexarian la Ciudad, ó se irian à èl. Vió ciertos Caballeros, que conocia, en vna Trinchea, dixoles, que por qué se dexaban matar como Brutos Animales, y no trataban de Paz? Pues avia ofrecido de hacerles todo buen tratamiento, como Hombre, que conocia las miserias humanas; y que se dolia de

sus desventuras; y principalmente de su Rei, de lo qual podian confiar, siendo mui proprio de los Capitanes Castellanos cumplir sus palabras. Llorando le respondian, que conocian su yerro, y perdicion, y que no se fuese, que irian à hablar al Señor de Quauhtemoc. Bolvieron diciendo, que otro Dia, à medio dia, iria à hablarle en la Plaça de el Mercado; y creiendolo Cortès, mandò, que para otro Dia, en el Quadro alto de la Plaça, se adreçase vn Sumptuoso Estrado, para Quauhtemoc, y sus Consejeros, y bien de comer.

CAP. CI. Que se ganò Mexico, y fue preso el Rei Quauhtemoc.



TRO Dia fue Fernando Cortès, bien en orden, al puesto, aviendo mandado, que ningun Soldado dexase de llevar sus Armas defensivas; y asimismo Pedro de Alvarado; y esperando à Quauhtemoc, llegaron, de su parte, cinco Caballeros, que conocia Cortès de vista, y Nombre: dixerón, que perdonase al Rei, porque de miedo, y empacho no iba; (palabra natural de los Indios) y que tambien estaba malo, que viese lo que mandaba, que para aquello los embiaba. Y aunque Cortès sintió la burla de averle dado intencion de verse con Quauhtemoc, y saltarle, mostrò holgar con ellos; hizolos sentar en aquel Estrado; mandòlos dar de comer, y conocióse bien la necesidad, que tenian de ello: persuadiolos, que aconsejasen à su Señor la Paz, y le asegurasen, que no le haria ningun enojo, y que seguramente fuese à èl, pues no se podia tratar de otra manera; dióles algun refresco, que llevaban, que fue bien recibido. Bolvieron desde à dos horas, afirmaron, que no queria ir, ni se lo podian persuadir. Bolvió Cortès à hacer mucha instancia en ello, y se lo ofrecieron, y decirle otras cosas de suyo. Y con esto Cortès se bolvió al Quartel, afirmandole sus Capitanes, y los Principales Tlaxcaltecas, que los Mexicanos le burlaban; pero deseaba tanto la Paz, que le parecia, que perdía poco, aunque le engañasen dos Dias.

Otro Dia, aquellos cinco Señores, fueron al Alojamiento; dixerón à Cortès, que se fuese à la Plaça de el Mercado, que Quauhtemoc saldria à ella. Fue en punto de Guerra; aguardòle quatro horas, y como no vino, embió à llamar à los Indios Amigos, porque aviendolo pedido los Mexicanos, que para tratar de las Paces, no los tuviese en la Ciudad, les mandò, que no pasasen de cierto pueño; dixoles, que pues aquellos Perros no querian Paz, que se les hiciese Guerra. Començose à pelear, y aunque tenian Calles con Agua, y Trincheas, el corage de los Tlaxcaltecas era grandissimo, y no menor el de los otros Indios Amigos. Andaban peleando con Espadas, y Rodelas entre los Castellanos, haciendo Maravillas; y como avia Fernando Cortès embiado à Gonçalo de Sandoval, para que con los Vergantines tomase las espaldas, à la parte de la Ciudad, que los Mexicanos tenian por todas partes, no avia sino Sangre, y dolorosos llantos, y gemidos de las Criaturas, y Mugerés. Los Castellanos se ocupaban mas en estorvar la crueldad de sus Confederados, que en pelear; pero poco podian hacer: novecientos con ciento y cinquenta mil, que eran los Indios Amigos, y de su natural inclinacion, dados à crueldad; y así se tiene por cierto, que murieron este Dia quarenta mil Mexicanos; por lo qual, y porque ya el hedor de los Cuerpos muertos no se podia sufrir, acordò Fernando Cortès de retirarse, y ordenar, que por la multitud de los Enemigos, que ya estaban en estrecho lugar, no oprimiese à los pocos Castellanos, se aparejasen tres Pieças de Artilleria, las mas gruesas, para ofenderlos desde fuera, y que Sandoval, con los Vergantines, entrase por vn Lago grande, que se hacia entre vnas Casas, adonde estaban recogidas todas las Canoas de la Ciudad.

Embió Fernando Cortès à mandar à Pedro de Alvarado, que le aguardase en la Plaça de el Mercado, y èl se encaminò à ella, el Dia siguiente con sus tres Pieças de Artilleria, y estando juntos, mandò à Sandoval, y à los demás Capitanes, que en dandoles cierta señal, acometiesen por sus pueños à vn tiempo, procurando de hechar los Enemigos à la parte de el Agua, y à Sandoval, que con los Vergantines, y Canoas de Amigos, se acercase, quanto pudiete, por las Espaldas, y que todos tuviesen ojo à Quauhtemoc, pro-